

nueva generación, la de los mestizos ó criollos, tuvo con aquellos estrechos lazos de afinidad ó de familia. Así se explica el primer descubrimiento minero, verificado un cuarto de siglo después de la conquista en la Nueva Galicia, Distrito de Compostela, mina de "El Espíritu Santo."

Queda pués, plenamente probado:

Que existía el cobre en gran cantidad antes de la conquista.

Que los indígenas eran hábiles mineros y metalurgistas.

Y por último, *que trabajaron minas de cobre en México mucho antes del descubrimiento de América.*

---

## TERCERA PARTE.

---

### CRISIS MONETARIA.

---

#### El que no pueda andar, que corra.

Con la protesta que solemnemente hago, de continuar en ocasión más propicia las *Narraciones*, voy á ocuparme ahora de la crisis que venimos atravesando, promovida por la baja de la plata, y que trae á mal traer á todos, especialmente á algunos economistas á quienes les ha hecho perder el seso.

Nadie puede negar que esta baja tan escandalosa de la plata perjudica primeramente á los mineros, después á los comerciantes y en seguida á las demás clases de la sociedad, y ¡cosa rara! no son los mineros los que más se quejan de esta calamidad, lo hacen los economistas, echando toda la culpa á los mineros, porque con sus capitales, su laboriosidad y su inteligencia han promovido este desastre, aumentando considerablemente la producción del metal blanco.

Parece que esta cuestión tan compleja nos ha sorbido á todos los sesos; de otro modo no puede explicarse satisfactoriamente el hecho de declamar contra los mineros, tan sólo porque han procurado y obtenido por largo tiempo el adelanto y prosperidad de la industria minera y por ende el engrandecimiento de la República.

Los mineros no han hecho más de lo que hacen todos los gremios industriales de los países cultos, esto es, procurar por cuantos medios están á su alcance, aumentar la producción nacional, porque de esta manera se obtiene el acrecentamiento de la riqueza pública: no era posible prever que llegaría un día (muy aciago por cierto) en que tan nobles esfuerzos, aspiraciones tan patrióticas, fuesen premiadas con injustas increpaciones.

Algún escritor ilustrado ha pretendido burlarse de los mineros, diciendo *que son adoradores de la plata; y que no la estiman por su valor comercial, sino como adoraba el fetichismo los ídolos grotescos*, y no sé cuantas lindezas más, ajenas enteramente á una cuestión tan seria y trascendental como la de que me vengo ocupando. Semejantes cargos sólo pueden servir para acreditar que algunos economistas han perdido el tino con la baja extraordinaria de la plata; pues bien sabido es que nadie la estima menos que los mismos que la producen; y esto es tan cierto que siempre andan á la cuarta pregunta, porque si llegan á obtener utilidades en sus empresas muy pronto les dan algún empleo, pues no en balde tienen fama de ser pródigos en demasía.

Nada hay más natural que cuando un gremio industrial sufre un quebranto cualquiera, por causas ajenas de su voluntad, los demás gremios, y aun los particulares todos, le prodiguen sus cuidados ó cuando menos le consuelen en sus desdichas; pero ahora sucede al contrario, en vez de consolar á los mineros y estimularlos para que no desmayen en sus empresas, se les enderezan terribles cargos por su constancia en el trabajo y por los sacrificios que han hecho para alcanzar el desarrollo de la industria nacional por excelencia. ¿Está esto puesto en razón? ¿Hay en todo ello sentido común?

Esos economistas, que con la mejor buena fé tratan de hacernos felices y que creen sabérselo todo, vienen diciendo con la mayor frescura que *los Gobiernos debían influir para que México dejara de ser un país esencialmente minero y se convirtiera en*

*agricultor*. Cuando tales cosas se dicen aquí, en México, á ciencia y paciencia de todo el mundo, pocas, muy pocas esperanzas debe haber de que este bello país sufra una regeneración completa.

Es lástima y grande que los autores de ese proyecto magno no hayan dicho de qué medios se puede valer el Gobierno para hacer que México deje de ser un país minero y se convierta en agricultor; pues bien sabido es que los Gobiernos Mexicanos han ensayado ya todos los medios conocidos para estimular el desarrollo de la agricultura, con resultados poco felices por desgracia.

La agricultura ha gozado siempre de la libertad de derechos para la exportación de sus productos.

Ha disfrutado algunas veces primas sobre determinados cultivos.

Se han establecido colonias agrícolas por cuenta del Gobierno, y al fin y al cabo los colonos extranjeros se han convertido en pordioseros.

Se han deslindado y vendido á bajo precio, casi regalados, los terrenos de propiedad nacional, y ni por esas.

¿Qué debe hacer, pues, el Gobierno, señores economistas, para que México sea un país esencialmente agrícola?

En cuanto á que México deje de ser un país esencialmente minero es más difícil todavía que el Gobierno pudiera conseguirlo, aunque lo quisiera, que no lo querrá sin duda alguna.

El Gobierno ha recargado de impuestos á la minería, no por su propia voluntad sino porque á ello le han estrechado las críticas circunstancias del Erario Nacional. Los productos minerales pagan fuertes derechos en su producción y por su circulación y exportación; y se pagan también muy subidos por adquirir y conservar la propiedad minera. Todos estos derechos y la baja del valor de sus productos habrían dado al traste con otra industria cualquiera, mientras

que la minería se conserva todavía en pie y promete alargar su existencia por muchas generaciones y para su beneficio.

Debe tenerse presente que si México es un país minero por excelencia, no lo es por voluntad y gracia del Gobierno, sino porque así plugo hacerlo á la naturaleza, cuyas eternas leyes son inmutables. ¿Cómo se quiere, pues, que el Gobierno ponga cerezos donde hay vetas?

Por otra parte, *más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena*; de manera que si los mineros trabajan las minas, es sin duda alguna porque les tiene cuenta; y si algún día dejan de trabajarlas, no será por las elocuentes predicaciones de los economistas, sino porque pierden el dinero en la especulación.

No parece sino que los economistas han llegado á creer que los mineros, por sólo el hecho de serlo, han perdido la capacidad legal para el manejo de sus negocios, y por esto se pretende que el Gobierno les sujete á tutela para obligarles á abandonar las minas y dedicarse á la agricultura. Por más peregrina y original que sea esta creencia, bueno sería que la expusieran sus sostenedores con toda claridad y franqueza.

Según el espíritu de nuestras instituciones, todo hombre es libre para hacer cuanto se le antoje, con tal de que no perjudique los derechos de un tercero, ni ataque la moral, ni altere el orden público; luego todos podemos ser mineros si así place á nuestra voluntad, con tanto más motivo cuanto que la ley no puede prohibir el ejercicio de una industria cualquiera, siendo útil y honesta, y me parece que la minería satisface plenamente estas condiciones.

Quisiera yo saber cómo podría el Gobierno impedir ó clausurar los trabajos mineros, ¿sería por causa de utilidad pública? ¿Cómo probarían esto los economistas? Y si lograran probarlo, ¿cómo cumpliría el Gobierno el precepto constitucional de previa indemnización? Si hoy por hoy no puede el Gobierno pagar íntegramente sus sueldos á los empleados, por

la baja tan grande que ha habido en las entradas fiscales, ¿cómo podría indemnizar á los mineros?

Parece increíble que hombres de pró y que saben cuántas son cinco, como son generalmente los economistas, se metan en tales honduras, dando tan peliagudos consejos al Gobierno, precisamente en momentos críticos, en los cuales nadie sabe dónde tiene la cabeza; y cuando los fondos públicos andan tan escasos.

Por fortuna el Gobierno sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, y oirá como quien oye llover los estupendos consejos de los economistas, por lo cual los mineros deben estar sin cuidado.

Por lo demás, es seguro que pierden su tiempo los economista aconsejando á los mineros que se dediquen de preferencia á la agricultura, porque á cualquiera se le ocurre el pensar que lo que ahora sucede con la plata sucederá mañana con el café, esto es, que aumentando la producción disminuirá la demanda y por consecuencia bajará el precio y sobrevendrá la crisis. Para ver tales cosas no vale la pena de cambiar de oficio, y hasta es preferible seguir siendo minero, en razón de que el aumento en la producción de plata es más difícil que el de los frutos agrícolas, porque para obtener estos en abundancia basta ensanchar los cultivos, mientras que en las minas no siempre corresponde al ensanche de los trabajos el acrecentamiento de la producción.

No hay duda de que en estos momentos de prueba se están luciendo los economistas; pues todos los días aparecen en los periódicos proyectos económicos que pueden arder en un candil; uno de ellos es el siguiente que leí en días pasados: *La mejor manera de conjurar la crisis es exigir el pago en oro de los derechos arancelarios*. ¿Puede darse prueba mejor de que los escritores económicos andan fuera de quicio?

Este proyecto, así tan modestito, va enderezado al comercio, con todo y que ahora están en boga las doctrinas libre-cambistas. Sin duda que esta sería la *mejor manera* de ha-

cer temblar al mundo comercial; pues exigir el pago en oro de los derechos de importación, en estas circunstancias, sería casi lo mismo que duplicarlos.

¡Bueno está ahora el comercio para pagar fuertes derechos! Si con los que paga en plata conforme á la Ordenanza General, ha paralizado sus importaciones, ¿qué sucedería si los pagase en oro? Pero el consejo es bueno; equivale á decir á los comerciante: *quien no pueda andar, que corra.*

### LOS ECONOMISTAS LONDONENSES.

Desde que la baja extraordinaria de la plata nos trae á todos al retortero, leo diariamente con avidez los periódicos que encuentro á mano, con la esperanza de hallar en alguno de ellos la solución de la crisis que viene atravesando el país; pero mi malaventura no me ha permitido todavía disfrutar tan grata satisfacción, no obstante que he tomado á pechos esta lectura. Muy al contrario, cada día experimento nuevas y amargas decepciones con los estupendos proyectos económicos que publica á porfía la prensa periódica para calmar la justa ansiedad de sus abonados; y no se crea que todos esos artículos económicos ó financieros son escritos por autores mexicanos; pues también los hay reproducidos de publicaciones extranjeras, suscritos por ilustrados escritores europeos de gran reputación en el exterior; mas como *por la muestra se conoce el paño*, copio en seguida lo que leí ayer en un diario:

“Ahora no hay más que el costo de producción que mantenga alta la plata, y la ciencia reducirá todavía ese costo como nunca. La idea de que no puede extraerse plata con provecho á 2 chelines por onza, lo cual es más que £3,500 por tonelada, es una ilusión. El cobre no cuesta £50.”

¡Pues no le parece alta la plata á este señor economista, al precio que tiene ahora! Seguramente que este sabio ha hecho cuentas galanas, porque de otro modo no se explica el hecho de que los productores de plata estén perdiendo el dinero en